

Diario colectivo de un huerto universitario: percepciones de lo ambiental desde diferentes grupos urbanos de Cochabamba

*Collective journal of a university garden: perceptions of the
environment among different urban groups in Cochabamba*



Andrea Milenka Sandoval Tarifa*
Helga Gruberg Cazón**

DOI: <http://DOI.ORG/10.52501/cc.476.11>

Resumen

La sostenibilidad urbana en Bolivia aún es un discurso distante, reducido, en la mayoría de los casos, a la estética de la ciudad. Este proyecto, iniciado por la carrera de Ingeniería Ambiental en febrero de 2025, busca encarnar una huerta universitaria como un espacio de reencuentro comunitario a partir del trabajo concreto. Se trata de una experiencia colectiva desde su construcción hasta su cuidado. Se busca que pueda replicarse y fortalecer nuevas formas de organización cotidiana en otros espacios como el Programa del Adulto Mayor en la universidad. Tiene el objetivo de analizar, desde la aproximación etnográfica, cómo distintos grupos urbanos perciben y se relacionan con lo ambiental a partir de la experiencia de la huerta universitaria, para comprender su aporte en la sensibilización ambiental. La metodología combina observación participativa, trabajo comunitario y reflexión colectiva sobre la agroecología a partir del diálogo. En este corto tiempo se identifica un cambio en la percepción física y mental de los espacios verdes que se convierten en un lugar vital de encuentro y aprendizaje. En conclusión, la apropiación del espacio y la acción compartida generan una conciencia agroecológica profundamente política, capaz de redefinir el habitar urbano desde el cuidado y el compromiso.

Palabras clave: *acción colectiva, adulto mayor, agricultura urbana, agroecología, observación participativa.*

* Ingeniera Ambiental. Egresada de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, Bolivia. ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-4362-8208>. Correo electrónico: andrea.sandoval@ucb.edu.bo

** Doctora en Ingeniería de la Biociencia: Socioeconomía. Docente de tiempo completo e investigadora en Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, Bolivia. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1723-6549>. Correo electrónico: hgruberg@ucb.edu.bo

Abstract

Urban sustainability in Bolivia remains a distant discourse, often reduced primarily to the aesthetic dimension of the city. This project, initiated by the Environmental Engineering program in February 2025, seeks to embody a university garden as a space for community reconnection grounded in concrete action. It is conceived as a collective experience, from its construction to its ongoing care. The project also aims to be replicable and to strengthen new forms of everyday organization in other spaces, such as the university's Older Adult Program. Its objective is to analyze, from an ethnographic perspective, how different urban groups perceive and relate to environmental issues through their experience with the university garden, in order to understand its contribution to environmental awareness. The methodology combines participant observation, community work, and collective reflection on agroecology through dialogue. Within this short period, a shift has been identified in both the physical and mental perception of green spaces, which become vital places for encounter and learning. In conclusion, the appropriation of space and shared action foster a deeply political agroecological consciousness, capable of redefining urban dwelling through care and commitment.

Keywords: *collective action, older adults, urban agriculture, agroecology, participant observation.*

Introducción

En 2025, la población mundial se estima en aproximadamente 8000 millones de personas, y alrededor de 45 % vive en áreas urbanas (United Nations, 2025). Las tendencias demográficas indican que la proporción urbana continuará aumentando y alcanzará aproximadamente 68 % para 2050, a medida que el crecimiento poblacional y la migración campo-ciudad se intensifiquen (United Nations, 2025). Este proceso de urbanización acelerada implica una presión creciente sobre los recursos naturales urbanos y periurbanos, lo que constituye un desafío central para la sostenibilidad ambiental y la seguridad alimentaria, especialmente en países en vías de desarrollo.

En Bolivia (Estado Plurinacional de) las tendencias demográficas reflejan este proceso. Las proyecciones del Instituto Nacional de Estadística estiman que más del 70 % de la población del país es urbana, con una marcada concentración en ciudades como La Paz, El Alto, Santa Cruz y Cochabamba (INE, 2024). En el caso del municipio de Cochabamba, el Censo 2024 reporta 665 505 habitantes. Esta ciudad forma parte de la Región Metropolitana de Kanata, que reúne a más de 1,3 millones de habitantes (INE, 2024). La expansión urbana de Cochabamba en las últimas décadas se ha realizado principalmente sobre suelos agrícolas y áreas verdes, impulsando una ocupación intensiva del territorio metropolitano. ONU-Hábitat (2022) señala que estos procesos de urbanización acelerada están asociados a la reducción de cobertura vegetal, pérdida de espacios productivos, fragmentación ecológica y deterioro de servicios ecosistémicos. Además, se intensifican problemas ambientales como la contaminación atmosférica, hídrica y edáfica, que representan riesgos crecientes para la salud humana.

En Cochabamba, la insuficiencia de áreas verdes ha sido identificada de manera reiterada como un problema ambiental crítico. Estudios consultivos previos revelan que existen barrios con menos de 1 m² de área verde por habitante, cuando organismos internacionales recomiendan un mínimo de 10 m² por persona para entornos urbanos saludables (Pérez, 2000; ONU-Hábitat, 2022). Esta situación es especialmente marcada en los distritos periurbanos del sur, caracterizados por altos niveles de vulnerabilidad social, marginalidad, pobreza y deterioro ambiental. La problemática no se restringe al espacio estrictamente urbano y periurbano, sino que se articula con las dinámicas rurales que sostienen el abastecimiento alimentario de la ciudad. En zonas rurales cercanas, la presión del mercado, los bajos precios agrícolas y la migración han llevado al abandono progresivo de tierras productivas, lo que refuerza la necesidad de integrar acciones conjuntas con las comunidades campesinas para sostener los sistemas agroalimentarios locales (Ledo-Espinoza, 2021).

A esta problemática espacial se suma una dimensión creciente de salud pública. Un diagnóstico reciente realizado en barrios y comunidades del vecino municipio de Sacaba reporta que el 20,49 % de la población adulta presenta obesidad (Ascarrunz et al., 2024). En poblaciones urbanas vulnerables del mismo municipio, como vendedores de mercados, la situación resulta aún más crítica, registrándose 44 % de obesidad, 38 % de sobrepeso y 16 % de prediabetes o diabetes (Ascarrunz et al., 2024). Estos datos reflejan cómo la urbanización acelerada y el sedentarismo están asociados no solo a problemáticas ambientales, sino también a enfermedades crónicas no transmisibles. En esta misma línea, un diagnóstico nutricional reciente realizado en dos unidades educativas del municipio de Sacaba, con una muestra de 747 estudiantes entre 4 y 18 años, evidenció que el 19,5 % presenta sobrepeso y el 10,8 % obesidad, alcanzando una prevalencia conjunta de 30,3 %; es decir, aproximadamente 3 de cada 10 escolares presentan malnutrición por exceso (Rojas et al., 2025). Esto muestra que estas problemáticas se manifiestan desde edades tempranas y en estrecha relación con los modos de vida urbanos contemporáneos (Rojas et al., 2025).

Frente a estos desafíos, experiencias de agricultura urbana y periurbana, incluyendo iniciativas educativas como los huertos universitarios, se consolidan como alternativas de gran potencial. Diversos organismos internacionales reconocen que estas prácticas fortalecen la seguridad alimentaria, promueven economías solidarias, revitalizan suelos urbanos, generan espacios verdes productivos y fomentan relaciones sociales basadas en la colaboración, reciprocidad y cuidado comunitario (RUF Foundation, 2018; FAO, 2019; Organización de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, 2020).

En esta línea, la bibliografía destaca que la investigación y la práctica dentro de los huertos debe caminar hacia la colectividad y la comunidad, fortaleciendo procesos de aprendizaje compartido y reflexión crítica (Cristóbal, 2019). Desde una perspectiva teórico-conceptual, los huertos educativos y universitarios no solo constituyen infraestructuras verdes o espacios de producción alimentaria, sino también dispositivos pedagógicos, ecosociales y comunitarios que articulan educación para la sustentabilidad, extensión universitaria y construcción colectiva de

saberes (Fontalvo-Buelvas, 2025; Zuazagoitia et al., 2024; Parra Nieto y Gómez-Gonçalves, 2021). Es así como emergen como “laboratorios vivos” (Cristóbal, 2019, p. 21). La literatura reciente en América Latina destaca que estos espacios favorecen procesos de aprendizaje situado, vínculos intergeneracionales, inclusión social y transformación de las percepciones sobre el ambiente, trascendiendo una visión meramente ornamental de lo verde (Castro-Martínez et al., 2023; Morales et al., 2019).

En el contexto universitario, esta discusión adquiere además un sentido institucional vinculado a la extensión y la interacción social. La huerta universitaria se configura como un espacio donde la universidad trasciende el aula y se articula con actores diversos, incluyendo estudiantes, activistas, vecinos y adultos mayores, promoviendo procesos de inclusión y aprendizaje mutuo (Zuazagoitia et al., 2024; Parra y Gómez-Gonçalves, 2021). En este sentido, la revisión bibliográfica destaca que estos procesos se construyen “desde y con el sujeto, no sobre el sujeto”, enfatizando la dimensión crítica, participativa y reflexiva de la experiencia (Cristóbal, 2019, p. 21). En particular, la participación de adultos mayores permite incorporar una dimensión intergeneracional que enriquece tanto la experiencia educativa como la reconstrucción de memorias y saberes sobre el cultivo, el cuidado y la vida comunitaria (Fontalvo-Buelvas, 2025; Morales et al., 2019). De igual manera, los huertos universitarios han sido descritos como comunidades de aprendizaje plurales e intergeneracionales, sostenidas mediante procesos horizontales entre actores universitarios y sociales (Fontalvo-Buelvas, 2025), aspecto que dialoga directamente con la experiencia desarrollada en la Universidad Católica Boliviana “San Pablo” (UCB).

En síntesis, la implementación de huertas urbanas universitarias resulta especialmente pertinente para territorios como Cochabamba. La expansión urbana, la pérdida de suelos productivos, la reducción de áreas verdes y las problemáticas emergentes de salud y cohesión social hacen urgente la construcción de alternativas de producción local, educación ambiental, extensión universitaria y participación ciudadana. Desde esta perspectiva, la huerta no se plantea únicamente como una intervención física sobre el espacio, sino como una experiencia socioeducativa que permite comprender cómo distintos actores urbanos construyen nuevas formas de cuidado, interacción y apropiación del territorio. El presente capítulo tiene el objetivo de analizar, desde una aproximación etnografía, cómo distintos grupos urbanos (estudiantes, activistas, adultos mayores y vecinos) perciben y se relacionan con lo ambiental a partir de la experiencia de la huerta universitaria en la UCB, para comprender su aporte en la sensibilización ambiental.

Métodos

Desde enero de 2025 hasta diciembre del mismo año, se siguió un método cualitativo, apoyado en observación participativa y entrevistas a profundidad. La elección de este enfoque responde a la necesidad de comprender de manera situada las prácticas, percepciones y significados que los distintos actores asignan a la experiencia de huertas universitarias. Es un tipo de investigación

descriptiva, donde la inmersión prolongada, la interacción directa y la construcción conjunta de sentido son fundamentales (Hammersley y Atkinson, 2019; Merriam y Tisdell, 2016).

En este marco, la investigación se llevó a cabo en la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, ubicada en la zona norte de Cochabamba. El Campus Tupuraya II cuenta al sur con una franja jardín donde se implementó el huerto universitario a partir de la materia de Agroecología y Sistemas Alimentarios de la Carrera de Ingeniería Ambiental. Este espacio no solo constituye el escenario físico del estudio, sino también un lugar de encuentro e interacción entre distintos grupos con los que se trabajó. La población estuvo conformada por participantes del Programa del Adulto Mayor (aproximadamente 30 personas), así como por estudiantes de distintas carreras involucrados con la huerta y docentes de la carrera de ingeniería ambiental (12 y 2 respectivamente). Los grupos urbanos fueron definidos en función de su vínculo directo con la huerta universitaria. Se siguió un muestreo no probabilístico voluntario. Esto permitió integrar diversas experiencias en torno a la práctica agroecológica. Se contó con consentimiento previo e informado de las personas.

La observación participativa se llevó adelante en las actividades de instalación, inauguración, manejo y cosecha de cuatro huertas Pie Cuadrado que se encuentran bajo una semisombra al 40 %. Así como en el invernadero implementado con estudiantes de la materia y con el grupo de voluntariado “Punto Verde” conformado por estudiantes de pregrado de la UCB. Se trata de camas elevadas de 240 cm por 130 cm. Las camas tienen divisiones de cuadrados de 30 por 30 cm. Cada cama está protegida por una malla anti pájaros. Este tipo de observación es adecuado para estudios sobre agricultura urbana y aprendizajes socioambientales, ya que permite captar dimensiones técnicas, relacionales, corporales y afectivas de la práctica agroecológica que difícilmente emergen mediante otros métodos (Pink, 2015; Grey y Patel, 2015). Asimismo, se participó en diversos talleres de capacitación brindados a los voluntarios (ej. eco-emprendimientos, armado de modelo de negocios y manejo integral de plagas, entre otros). La participación en estos espacios permitió registrar tanto la adquisición de conocimientos técnicos como la construcción de vínculos y formas de colaboración entre los participantes, aspectos relevantes en procesos de educación ambiental y agricultura urbana comunitaria (Taylor y Lovell, 2022).

Más adelante, en diciembre, también se participó en una serie de tres talleres sobre huertas urbanas con estudiantes del Programa del Adulto Mayor (PAM) de la UCB. El primer y segundo taller se facilitaron con apoyo de dos ONGs especializadas en agroecología urbana y periurbana, y con el acompañamiento de los estudiantes voluntarios. El último taller estuvo a cargo solo de los voluntarios, lo que permitió documentar no solo el desarrollo de capacidades técnicas, sino también el surgimiento de procesos de liderazgo estudiantil, reciprocidad generacional y pedagogías horizontales, ampliamente documentadas en la literatura sobre agroecología comunitaria (Gliessman, 2022; Montenegro de Wit, 2019). En coherencia con la teoría de acción comunicativa (Habermas, 1987), estos espacios fueron comprendidos como escenarios de interacción donde el lenguaje y la experiencia permiten la construcción de sentidos compartidos.

Las entrevistas a profundidad con estudiantes del PAM y con los estudiantes voluntarios de distintas carreras. Las preguntas fueron abiertas y semiestructuradas, formuladas en formato de diálogo abierto, con el fin de explorar no solo el aprendizaje técnico de la agroecología, sino también la dimensión emocional y afectiva asociada al cultivo, al trabajo colectivo y a la relación con la naturaleza. Este tipo de entrevista es especialmente adecuado cuando se busca identificar emociones, motivaciones y transformaciones subjetivas en experiencias educativas y socioambientales (Kvale y Brinkmann, 2015). Las entrevistas fueron fielmente transcritas en su totalidad y complementadas con registros de diario de campo, notas de voz y material audiovisual. Esto permitió una aproximación más amplia a las dimensiones expresivas y emocionales de la experiencia. El análisis de la información se llevó a cabo mediante un proceso de lectura reiterada, identificación de temas recurrentes y análisis de contenido con codificación abierta.

Es así que emergieron categorías como la percepción de la naturaleza, la relación emocional con el huerto, el aprendizaje agroecológico, la memoria vinculada a la tierra y la dimensión comunitaria. En este proceso, el discurso fue abordado como una práctica social situada, en diálogo con la teoría crítica (Adorno, 2005; Horkheimer, 2003), reconociendo que las percepciones se configuran en relación con contextos sociales e históricos. La evaluación de dichas percepciones se realizó a partir de la interpretación de relatos, las prácticas observadas y las expresiones emocionales registradas poniendo énfasis en los procesos de comunicación interpersonal e intrapersonal que emergen en torno al huerto como espacio de encuentro y significación, en sintonía con los planteamientos de (Barbero, 1993), quien entiende la comunicación como un proceso mediado por la cultura, la experiencia y los territorios.

Se asumió un rol participante y reflexivo, involucrándose activamente en las actividades del huerto y en los espacios de interacción, reconociendo su implicación en la construcción del conocimiento a través de la escritura, la observación y el registro continuo de la experiencia, en coherencia con el carácter de diario colectivo que atraviesa el presente trabajo. Finalmente, el texto está redactado en primera persona, en formato de narración y soportado por citas directas manteniendo el anonimato de las personas entrevistadas. Para tal efecto se usan las siglas de los nombres de las personas entrevistadas. Se parte en orden cronológico inverso.

Resultados

Percepción sensible del espacio y primeras aproximaciones al huerto

Muchas de las hojas de los árboles del campus, sobre todo de los jacarandás y los molles, están salpicadas de pequeños parches brillantes de un verde amarillento que les da un aspecto casi ornamental. No se trata de la transición estacional típica, porque en Cochabamba, noviembre trae el preludio del verano y las primeras lluvias. Son más bien manchas en relieve, comunes en el follaje durante esta época, cuando el calor intenso y la humedad escasa en la ciudad dejan sus huellas sobre las hojas, como si el clima mismo pintara sobre ellas sus advertencias y caprichos.

Estos días de calor intenso en Cochabamba se hacen sentir implacables. Después de dos horas y media dentro de un típico bus pequeño boliviano (de esos que, por su condición de objeto/habitáculo, simulan un cepo¹³), llego por fin a un espacio abierto.

Bajo los árboles, el grupo del PAM de la UCB se reúne para su primer taller sobre instalación y manejo de huertos. Este lugar rodeado de árboles que sostienen ramas temblorosas, que, ante una brisa escasa, ofrecen un alivio precario, lejos de convertirse en un obstáculo, el calor parece acentuar la experiencia: las manos de los participantes se sumergen con presura en la tierra húmeda, como si el simple acto de tocarla devolviera un poco de frescura y ánimo al cuerpo. Gente del humus, gente de la tierra, que ha heredado palabras que se vuelven territorio de retorno a esa raíz antigua que conocemos por el relato de la Biblia: Adán, que se relaciona con *Adamá*: tierra trabajada, arcilla viva, lo que puede sostener y lo que puede desmoronarse.

Pienso, entonces, en nuestro diario colectivo como un retorno a esa materia. Para que este retorno no sea solo mío, sino compartido, incluyo aquí breves entrevistas para saber qué forma tiene ese barro en otros. Comienzo por la entrevista con el grupo del taller de huertos urbanos del PAM. A lo largo de la conversación, las participantes fueron entrelazando relatos personales, memorias de infancia, experiencias familiares y emociones vinculadas al cuidado, la paciencia y el paso del tiempo. En varios momentos, la entrevista se diluyó en una conversación colectiva, donde las voces se superponían, se complementaban o se detenían para dar lugar a la emoción. Estas dimensiones afectivas resultan centrales para el diario colectivo, ya que permiten comprender el huerto universitario desde diferentes concepciones y percepciones que se entrelazan. Las cuatro participantes compartieron sus experiencias con los cultivos y su desenvolvimiento en el taller. La conversación fluyó de manera muy orgánica.

El taller de huertos del PAM llega a través de una invitación, pero se sostiene por afinidad previa, por un interés que cada participante reconoce a su manera. Antes de conversar de algunas técnicas aprendidas a lo largo de los talleres, las voces se detienen en la experiencia cotidiana, en el ensayo y el error, y en el entusiasmo de aprender: *“Yo creo que ha interesado esto a las personas que están más involucradas, interesadas en la siembra [...] Más afines a las plantitas. Luego, casi en unísono mencionan las cuatro: “A mí me encantan”. Una de ellas comparte una experiencia más íntima: sus plantas, dice, se habían resentido cuando ella se mudó para vivir con su hija, dejando atrás las que había cuidado por años: “Una época he vivido en Arocagua¹⁴, me fui a vivir allá [...] comenta, “las he abandonado prácticamente [a sus plantas]. Desde entonces”, confiesa: “se me mueren las plantas”, reflejando un interés por reconectar con ellas.*

Un caso diferente es el de la señora J.A. Su experiencia con la pequeña huerta que mantiene en casa es desde siempre. En ella cultiva: papas, tomates Cherry, locotos, vainitas y un largo etcétera:

¹³ Instrumento físico de castigo, generalmente de madera. Usado en algunas comunidades indígenas. Consiste en inmovilizar los pies, manos e incluso el cuello de una persona (Ruíz, 2025).

¹⁴ Se encuentra en el parque metropolitano de otro municipio (Sacaba).

Yo he hecho producir hasta papa en mi jardín [...] tengo un pequeño espacio adelante y atrás de mi casa. Tengo otra área donde es todo cerámica, pero pura maceta pongo ahí [...] Cultivo plantas, verduras, flores, de todo.

Entre comentarios y risas, divagando sobre el presente, hubo oportunidad para reflexionar acerca de los cambios sociales y la vida cotidiana: “Antes, por ejemplo, las verduras las guardabas en el refrigerador y te duraban hasta 15 días [...] Ahora no dura. Ni los tomates. Y si no los congelas, no te dura”. La observación de la entrevistada acerca de la menor duración de las verduras me remite a las transformaciones de los modos de producción de los alimentos. Cuando señala que “*hoy ni siquiera los tomates duran como antes*”, emerge una crítica implícita al sistema agropecuario actual, al uso intensivo de agroquímicos, y prácticas de monocultivo extensivo que, si bien aceleran la producción, parecen debilitar la resistencia y la calidad nutricional de los alimentos. En contraste, la referencia al “antes” evoca cultivos menos intervenidos y una relación distinta con el alimento. Esta reflexión de lo cotidiano se convierte en una forma de conocimiento situado. *La mamá tenía que quedarse en casa [...] ahora tiene que trabajar afuera y el padre [...] si no comparte responsabilidades, la mamá está fregada [...] Es un trabajo no remunerado.*

Casi al final de la conversación nos acordamos de las composteras, gracias a que alguien mencionó si se había comprendido lo practicado en este último día de taller, donde se capacitaron en su fabricación, manejo y uso. Incluso en la utilidad de esta herramienta de compostaje como una medida paliativa en nuestros hogares con la que se podría disminuir la cantidad de residuos orgánicos que llegan al relleno sanitario y tengan un mejor final en nuestros jardines. Entonces, surge un diálogo en torno a la responsabilidad individual para con nuestra ciudad.



Figura 1. Taller de instalación y manejo de huertos con estudiantes del Programa del Adulto Mayor. Fuente: Elaboración propia (2025).

Finalmente, terminada la entrevista y deseándonos (entre todas) afectos, el director de la carrera de Ingeniería Ambiental, junto al director de la PAM, la encargada del huerto de la UCB y los alumnos involucrados cerró el taller: “*Qué lindo, qué lindo ha sido tenerlas y tenerlos tres semanas acá con nosotros.*” Materializar los talleres de huertos urbanos junto al PAM fue fascinante. Todo el proceso. Sobre todo, poner en diálogo el trabajo de huerteras, de huerteros que llevan muchos años cultivando y darnos cuenta de que nunca lo han plasmado en un escrito, manteniéndolo en la práctica. Y esa práctica, de una u otra forma, va transmitiéndose en el conocimiento.

Pienso que hoy en día, esas experiencias que han sido positivas y aquellas que han sido más fracasadas, entre comillas, porque igual nos entregan experiencia, son muy necesarias para saber qué ha resultado y qué no, de qué forma tenemos que organizarnos, de qué forma tenemos que actuar y esencialmente, de qué manera podemos organizar un colectivo físico entorno a una huerta comunitaria.

Aprendizaje agroecológico y vínculos con la tierra

Camino alrededor del huerto y a mi paso encuentro un microcosmos. Los senderos entre macetas y parterres se llenan de vida visible e invisible. Las hormigas que trazan sus rutas con precisión matemática, larvas que construyen canales bajo la tierra, raíces que se cruzan y se abrazan. Más arriba, un punto que a mi altura es observable, aves que piensan en mí como intrusa y me permiten escuchar su repertorio onomatopéyico. Intento imitarlas, como quien quiere establecer una comunicación, un lenguaje con lo que habita este pequeño universo. A veces, un hormiguero, tan pequeño y metido en su propio afán, termina siendo más cautivador que todo ese enjambre de mundos que se mueven sobre nuestras cabezas. Cada hormiga, cada larva, cada partícula de tierra tiene secretos que, en la Tierra y más allá, son idénticos en su misterio y función. Un huerto, pienso, es un laboratorio natural, donde surge un lenguaje de convivencia que sostiene la vida que vemos. Siguiendo esa lógica, los movimientos de las hormigas muestran un orden y una evolución sorprendentemente paralelos a los de los seres humanos. Como señala el entomólogo William Morton Wheeler¹⁵, se cuenta que las hormigas, que llevan millones de años recorriendo la Tierra, pasaron de vivir entre los árboles y alimentarse de otros insectos a desarrollar una relación casi agrícola con los pulgones, de los que obtienen alimento. No es algo demostrado de manera absoluta, pero las distintas etapas que se observan hoy en sus especies recuerdan, de forma llamativa, el propio camino que siguió el ser humano: primero cazador, luego pastor y más tarde agricultor. Incluso pueden verse, en ese proceso, los tres momentos que Auguste Comte propuso para la historia humana: la conquista, la defensa y la industria. Es una coincidencia extraña, pero difícil de ignorar.

¹⁵ Fue un entomólogo y mirmecólogo estadounidense, pionero en el estudio de los insectos sociales. Es conocido por desarrollar la idea de la colonia como “superorganismo”, entendida como una forma de vida colectiva basada en la cooperación, concepto clave para pensar el trabajo comunitario y la organización biológica (Wheeler, 1910).

En nuestro caso, la construcción y el mantenimiento del huerto universitario se materializaron en trabajo colectivo entre distintos actores. Los estudiantes de diversas carreras, no solo de Ingeniería Ambiental, han dedicado su tiempo a construir y mantener el huerto universitario. Entre sus actividades se encuentran la siembra, el riego, la revisión y el cuidado constante de las plantas, así como la construcción y mantenimiento de composteras, que ellos mismos fabricaron y que funciona como parte fundamental del sistema de nutrición del huerto. Para organizar estas tareas, los estudiantes se turnan diariamente, asegurando que cada planta reciba la atención necesaria y que la compostera y las vermicomposteras se mantengan activas y funcionales. Esta dinámica refleja un esfuerzo colectivo que va más allá del aprendizaje técnico, mostrando interés y compromiso con el proyecto y con la vida que se genera en el huerto.



Figura 2. Estudiante mostrando el manejo de su compostera. Fuente: Elaboración propia (2025).

La siguiente entrevista recoge el testimonio de un compañero que, de manera voluntaria, acompaña al mantenimiento y cuidado del huerto, espacio en el que también participó activamente desde su construcción. Su presencia en este proyecto resulta especialmente significativa, no sólo por su compromiso constante, sino porque pertenece a una carrera aparentemente ajena a las ciencias naturales: Ingeniería Mecatrónica. Esta distancia disciplinar permite ampliar la mirada sobre el huerto como un espacio de encuentro entre sensibilidades y trayectorias personales diversas. A lo largo de la entrevista, el estudiante O.Q. relata el origen de

su vínculo con las plantas, un afecto que trasciende lo académico y se inscribe en una historia familiar marcada por la transmisión intergeneracional del cuidado por la vida natural. Asimismo, reflexiona acerca de su proyección a futuro y la posibilidad de articular su formación técnica con un camino profesional ligado al componente electrónico/natural y cómo éstas pueden complementarse.



Figura 3. Estudiantes de la materia de agroecología instalando las huertas. Fuente: Elaboración propia (2025).

El primer acercamiento con el huerto universitario surge desde lo académico, a partir la materia optativa: Agroecología. Sin embargo, lo que comienza como una elección curricular pronto se transforma en una experiencia notable. Él relata que eligió la asignatura, motivado por un vínculo previo con el campo y la tierra. Una memoria que se remonta a su infancia junto a su abuelo, con quien se crio y de quien (posiblemente) heredó una cercanía entusiasta con las plantas.

Al cursar la materia, la propuesta de participar activamente en el huerto universitario se presentó como una extensión práctica de los principios de la agroecología, esencialmente vinculados a la sostenibilidad de los alimentos. Al integrarse al proyecto, se le asignó el cuidado de uno de los huertos. En este proceso, junto a sus compañeras L.B. y M.R., construyó una

compostera como proyecto final de la materia, experiencia que fortaleció la labor compartida y el aprendizaje situado. El huerto comenzó a ofrecerle algo más que una tarea académica, los espacios de encuentro lo fueron “absorbiendo”, como él mismo expresa, hasta consolidar un compromiso voluntario sostenido en el tiempo.

Memoria, trayectorias personales y relación con el territorio

Esta segunda parte de la entrevista se adentra en el origen más íntimo de la relación de nuestro entrevistado con las plantas, una experiencia temprana, lúdica, que emerge desde el vínculo afectivo con su abuelito. Él recuerda que tenía trece años. Juntos instalaron un huerto en el patio de su casa. Él se encargaba de picotear la tierra, mientras el abuelo aprovechaba, a modo de juego, de lanzarle gusanos para asustarlo. Este recuerdo aparece acompañado de una risa nerviosa y de un entusiasmo evidente, como si el gesto infantil siguiera vivo en su memoria corporal. Su familia mantuvo huertos en sus patios, espacios que abastecían de alimentos a gran parte de su familia. Desde esta memoria, O.Q. con su generación señala que muchas de las personas de su entorno (amigos y conocidos) no saben sembrar ni reconocer cultivos básicos.

Voy a profundizar en la continuidad entre la infancia, la vida familiar y el entorno en el que vive. Así, los viajes, los huertos familiares y la figura de su abuelo se entrelazan como parte de un mismo aprendizaje. “*Yo soy más del campo*”, señala al explicar que no le interesan las ciudades, de ahí radica la manera en la que mira el territorio, durante los viajes, no solo disfruta los paisajes, sino observa y reconoce diferencias en los métodos utilizados, entendiendo que cada población adapta sus prácticas agrícolas al contexto y la forma en que se vincula hoy con la naturaleza. Sus recuerdos parecen ser una prolongación de prácticas que han atravesado su manera de habitar el tiempo libre, el viaje y el aprendizaje, relata que, desde pequeño hasta la actualidad, cada vacación (y muchas veces también los fines de semana) viaja con su mamá y hermana a diferentes paisajes que ofrece el territorio boliviano.

El contacto con el campo aparece como una experiencia terapéutica, ligada al descanso, al juego y a la observación. Desde esta vivencia, expresa con cierta tristeza que muchas personas no tienen la oportunidad de crecer en contacto con la naturaleza, o como dice su abuelito, de simplemente “*tocar pasto*”. Esta trayectoria personal permite comprender cómo más adelante se involucra en proyectos vinculados al huerto universitario, como parte de la continuación de una historia que comenzó mucho antes. En su caso, la ingeniería no aparece como un conocimiento desligado de la tierra, sino como herramienta para proyectarla hacia el futuro.

Sensibilidad ambiental, identidad y formación profesional

La siguiente entrevista recoge las voces de los estudiantes E.L. y M.R., que convergen en la importancia del arte, la sensibilidad asumida que abre preguntas sobre el futuro en una reflexión profunda sobre la responsabilidad generacional, la seguridad alimentaria, la crisis ambiental y el sentido de elegir una carrera orientada al bien común. Como relatora de este diario, considero importante detenernos en sus voces porque en ellas se expresa una forma de estar en el mundo, de preguntarse por el cuidado, por el trabajo colectivo y por la responsabilidad de amar lo que se hace.

Mi familia siempre ha estado bastante cercana al tema del trabajo en el campo, de la agricultura. Entonces, siempre he sentido algo familiar con trabajar en el campo, con trabajar la tierra. Y ha sido un trabajo, sobre todo, muy ligado a la meditación, ya que es un espacio al que uno va (dependiendo de las épocas del año), un trabajo introspectivo - E.L.

Él describe el campo como un espacio de calidad vital, un lugar que excede lo laboral para convertirse en un territorio de introspección. El trabajo agrícola es, para E.L., una práctica meditativa: un tiempo y espacio donde el cuerpo y la mente permiten registrar el propio estado emocional, ya sea en momentos de dificultad, enfermedad o bienestar, y donde el huerto se configura como un lugar elegido de disfrute consciente. Aunque vive en la ciudad de Cochabamba, su crianza y su identidad están marcadas por raíces tarijeñas¹⁶. Esta condición refuerza la idea de continuidad y desplazamiento del saber agrícola, mostrando cómo, desde los años setenta su familia se inscribe en esta noble tarea de la cual, E.L. se siente muy afectado, sin perder su carga simbólica ni su profundidad emocional que expresa en relación con el arte. A este punto de la conversación, M.R. no había hablado. Sin embargo, ella escucha la conversación siguiendo el hilo con una atención que es interrumpida cuando el diálogo se desplaza hacia la sensibilidad, hacia la manera en la que cada uno de nuestros compañeros se expresan y piensan su lugar en la carrera de Ingeniería Ambiental. Dice que ve en sus compañeros creatividad. Sensibilidad. Mientras habla, hay una armonía en sus palabras, desde su modo de mirar. Piensa antes de decir. Observa. Su relato es breve, gentil y por eso mismo preciso.

En su testimonio, M.R. relata que su acercamiento al huerto universitario surge de un sentido de responsabilidad asumido dentro de la materia. Esta responsabilidad aparece como un compromiso consciente con el cuidado, con los procesos y con aquello que implica sostener la vida, incluso en sus formas más mínimas. A partir de ese primer compromiso, comienza a despertarse una curiosidad genuina, especialmente al enfrentarse por primera vez al trabajo directo en el huerto. Tanto E.L. como M.R. coinciden en que quienes eligen Ingeniería Ambiental lo hacen, muchas veces, por la misión que la define: trabajar por el bienestar común, por la sociedad y por el entorno.

Desde esa perspectiva, la personalidad aparece como un eje fundamental. Valores como la empatía, la creatividad, la necesidad de vínculo y el cuidado del otro atraviesan tanto la elección profesional como la experiencia en el huerto. La carrera, incluso sin proponérselo explícitamente, termina formando personas con una mirada distinta, más conscientes de su impacto en el mundo.

¹⁶ Tarija es un departamento al sur de Bolivia.



Figura 4. Estudiantes voluntarios en una granja. Fuente: Elaboración propia (2025).

Dimensión comunitaria y construcción colectiva del huerto

Retomamos el trabajo de las hormigas casi sin darnos cuenta. E.L. y M.R. relatan cómo fue la colaboración con la ONG, que trabaja en la zona sur de Cochabamba, armando huertos urbanos. M.R. destaca que la fundación maneja un formato específico: huertos pie cuadrado, bien planificados, con atención precisa a la humedad, el riego y el cuidado del suelo. El objetivo principal del huerto, señala, fue crear un espacio de investigación y experimentación para los estudiantes. En contraste con otros aspectos más teóricos o normativos de la carrera, este espacio permite una experiencia directa, palpable, que no siempre se logra en el aula. El trabajo colectivo, la invitación a participar fue abierta desde el principio. Como se trataba de un proyecto que buscaba integrar a la mayor cantidad posible de personas, no estuvo limitado a una sola carrera.



Figura 5. Letrero elaborado por estudiantes para el huerto. Fuente: Elaboración propia (2025).

El primer día de trabajo reunió a un grupo numeroso y diverso. En el que participaron alrededor de diez personas vinculadas a la carrera, además de otras personas de las carreras de ingeniería mecánica e ingeniería civil: *“fuimos bastantes, [...] como casi diez personas, más otras cinco de civil, de mecánica”*. Si bien los estudiantes de Ingeniería Ambiental contaban con mayores bases sobre el objetivo del huerto y su funcionamiento, eso no limitó la participación de quienes venían de otras áreas. Por el contrario, menciona E.L.: *“eso no quitaba que las personas de civil o de mecánica también quisieran aportar desde lo que sabían”*. Durante el trabajo colectivo comenzaron a aparecer de manera espontánea los distintos ejecutores: carpintería, sistemas hidráulicos, arte y organización del espacio. *“Cada persona, en medio del hacer, se preguntaba qué podía aportar desde su experiencia personal”*.

Lo que escucho a continuación en la entrevista llama especialmente la atención, porque tanto E.L. como M.R. amplían la mirada sobre el vivero más allá de su uso inmediato dentro de la carrera de Ingeniería Ambiental. Si bien el espacio está pensado como un apoyo fundamental a la materia de agroecología y futuros tesisistas, ambos coinciden en que su potencial no se agota ahí, sino que puede proyectarse hacia otras carreras y otras formas de investigación. La idea de que el vivero podría ser útil, por ejemplo, para estudiantes de medicina o química, en la observación, experimentación e incluso introspección de las plantas desde distintos enfoques disciplinarios.

Simultáneamente, admiro los ademanes y las expresiones en los rostros y las manos, tocamos el tema de soberanía alimentaria y hay un interés particular en hablar del tema; transformar nuestra mirada como ciudadanos, especialmente en relación con la alimentación, el clima, la vida urbana. Aparece la posibilidad de que este movimiento crezca a futuro, y con ello, la esperanza de incidir en problemáticas urgentes: el aumento de las temperaturas, la diferencia entre el clima de las ciudades y el de las periferias, y la necesidad de repensar los espacios verdes como parte activa del tejido urbano.

Cuando les pregunto si este tipo de proyectos se relaciona con sus sueños, metas o propósitos personales, E.L. responde sorprendido: *“nunca lo había pensado, pero suena interesante”*. Para él, uno de los aspectos más valiosos del huerto, y de los huertos en general, está en su capacidad de alimentación consciente y de que puedan ser replicados en tanto al espacio con el que contamos, es decir, repensar nuestro estilo de vida. Por ejemplo: vivir en un departamento, las limitaciones del espacio, las ideas previas sobre comodidad o ventaja urbana. Es ahí donde construir y mantener un huerto te obliga a repensar lo que tenías por sentado: *“hasta que no enfrentas estas realidades, no te das cuenta de que estás más bien en una desventaja”*.

Más allá de si el proyecto de replicar los huertos se llega a concretar o no, *“siempre te va a llevar a replantearte cosas”*. Desde ahí, resignifica lo que a veces se caricaturiza como “visión hippie”: una práctica de constante cuestionamiento, de preguntarse por qué las cosas funcionan como funcionan y cómo nos relacionamos con nuestro entorno: *“replantearme la manera en la que estoy viviendo, dónde estoy viviendo y cómo me relaciono con mi entorno”*. M.R. relata su experiencia en la pandemia, recuerda con fuerza la relación entre el cultivo propio de alimentos y el poder de transformación que eso implica, la idea de que *“las personas que cultivaban sus propios alimentos eran las que iban a dominar el mundo”*.

En otras palabras, nos expresa su percepción de un reconocimiento profundo al trabajo en el campo, a todo lo que implica, a los agricultores, cultivar, cuidar y sostener la vida a través de la labor con la tierra. Esta experiencia no solo le permitió valorar lo que llega a su plato, sino también generar conversaciones significativas con su entorno cercano: *“al menos con mis amigas se han dado este tipo de charlas, ¡ay, eso es importante!”*. M.R. sitúa su práctica en un contexto generacional y social más amplio. Piensa en la soberanía alimentaria, la crisis climática y en los efectos que decisiones políticas pasadas han tenido sobre el acceso a los alimentos¹⁷: *“el bloqueo de alimentos por parte de un gobierno anterior y nefasto”*, incluso antes de la pandemia. Para ella, estas situaciones fueron el punto de partida para asumir responsabilidad.

Continuando con el tema generacional, según E.L., el interés se refleja en el cambio del lenguaje con el que se aborda la vida y la naturaleza. Ahora se habla de estos temas de manera más consciente, y esa transformación del lenguaje es significativa porque refleja una mayor

¹⁷ Durante las protestas en Bolivia tras las elecciones de 2019, bloqueos de carreteras por parte de diversos sectores impidieron que suministros alimenticios y combustible lleguen a varias ciudades, provocando largas filas por alimentos básicos, escasez y alza de precios.

implicación y sensibilidad frente a la crisis ambiental y social, “incluso el lenguaje ha cambiado a cómo nos referimos, o sea, se habla más de estos temas que antes”.

Lo pensamos como un acto profundamente comunitario. ¿Cómo dialogamos, cómo entramos en relación con otros humanos y no humanos? Entonces, hablar de expresión es también preguntarse por la forma en que miramos el mundo. Pienso, por ejemplo, en el río Rocha. Ese río “feo”, como algunos califican, es resultado de una contaminación de la cual apenas nos ocupamos. Pero lo “feo” en realidad viene de la percepción estética que construimos sobre él, y cuando un lugar deja de parecernos bello, comienza también a dejar de importarnos. La estética se vuelve entonces una excusa para el abandono, una forma sutil de justificar la desvalorización de lo que nos sostiene. Esta conversación con E.L. y M.R. orbita en esa necesidad de ampliar nuestra mirada sobre lo estético y, sobre todo, de devolverle importancia a aquellos lugares que hemos ido abandonando.

E.L. en su manera de habitar el arte y M.R. desde una creatividad que atraviesa su forma de estar en el mundo, nos recuerdan que la relación con la naturaleza es, ante todo, sensible y es también una forma de diálogo. No solo entre quienes compartimos esta manera de pensar, sino también con quienes no la comparten. La expresión, la creatividad y el sentimiento abren un espacio común donde es posible encontrarse, discutir, incomodarse y, quizás, re-imaginar colectivamente nuestra relación con esos territorios que hemos aprendido a mirar solo desde el abandono o la indiferencia. Y para cerrar, quisiera detenerme en lo que significa la palabra cultura. Podemos decir que la cultura es cultivar la tierra y cultivarnos a nosotros mismos mientras cultivamos la tierra. Algo que ya aparece en la Grecia antigua, en la escuela epicúrea, Epicuro tenía un jardín, y allí se daban los diálogos de filosofía y de ética. Al ser jardineros, nos cultivamos a nosotros mismos, al mismo tiempo que cultivamos a nuestros cohabitantes del huerto universitario.

Discusión

Volver a la tierra: huertos, comunidad y memoria viva

La crisis planetaria que habitamos; ecológica, social, alimentaria y espiritual, no es un acontecimiento súbito, ni una caída aislada en el tiempo. Es, más bien, un proceso largo de acumulación y de ruptura, un momento de inflexión profunda que, en la cosmovisión Aymara, recibe el nombre de *Pachacuti*. Un tiempo en el que el mundo se da vuelta: donde la catástrofe y la renovación no son fuerzas opuestas, sino hermanas que conviven en tensión dentro del mismo instante histórico, Silvia Rivera Cusicanqui¹⁸ (2010) lo explica así: el *Pachacuti* es una sacudida de tiempo, una destrucción de la linealidad y de las certezas que sostuvieron nuestras categorías de “progreso”. En este momento se desmoronan palabras que creíamos sólidas: revolución, movimiento social, desarrollo, porque ya no alcanzan a nombrar la pluralidad del descontento,

¹⁸ La Paz, 1949, es una socióloga, historiadora y pensadora boliviana. Su trabajo se centra en la crítica al colonialismo interno, en el pensamiento descolonizador y en las formas comunitarias de conocimiento.

de las búsquedas, de las rabias y de los sueños que germinan en el mundo. Hay una crisis del lenguaje, porque hay una crisis de lo imaginable (Escobar, 2015).

Las transformaciones verdaderas no suceden “de la noche a la mañana”; la historia no es un camino recto. El despertar es lento, es doloroso, está lleno de retrocesos y recaídas. La renovación nace dentro de la catástrofe, como una semilla que germina en la tierra removida después del derrumbe. Pachacuti significa, precisamente, esta simultaneidad: la vida preñada en el caos. Desde esta comprensión del tiempo, nuestras prácticas más cotidianas adquieren una potencia política y simbólica: volver a sembrar, volver a cultivar. No como acto nostálgico de retorno a lo “indígena” convertido en folclor, sino como recuperación activa de un conocimiento que permanece, aunque observemos esa expulsión de nuestras ciudades, de nuestros cuerpos, de nuestras formas de vivir (Altieri y Toledo, 2011).

En los Andes, la relación con la tierra siempre fue un pacto: labor compartida, reciprocidad, cuidado, ritual. Y en cada semilla guardada habita una historia de resistencia, de inteligencia ecológica, de salud y alimento (Murra, 2002). Volver a los huertos; a los saberes de la fertilidad, de la tierra viva, de la medicina que brota en nuestras plantas, es un modo de enfrentar la crisis desde la acción: sembrar un mundo en un tiempo que parece deshacerse (Gliessman, 2020).

A partir de una pregunta simple: si conocían o no el huerto universitario; se abrían otras: qué entendían por naturaleza, qué lugar ocupaba en su vida, qué les evocaba esa palabra. Y aunque las respuestas variaban, hubo algo que se repitió con claridad: la idea compartida de la naturaleza como paisaje verde, soleado, casi perfecto. Un imaginario que reproduce los mismos cánones estéticos de la sociedad moderna y que poco tiene que ver con el orden real de la naturaleza (Cronon, 1995). Hay, en ese sentido, una romanización constante de la naturaleza. Se la idealiza como algo bello, armónico, amable, cuando también es dura, cruel y fría. En la naturaleza hay muerte, hay violencia. Algo similar ocurre con el mito del buen salvaje: la idea de que los pueblos originarios vivían en una armonía perfecta, cuando en realidad sus formas de vida también eran profundamente crudas (Edgerton, 1992).

Desde mi experiencia, viviendo hace un año sola, en una comunidad, en un entorno rural, he atravesado procesos que desarman esa idealización. Aprender a cultivar, arar la tierra, sentir desgaste físico, habitar el frío, la soledad. Todo eso va enseñando la necesidad de que la naturaleza es más que contemplación. Y quizá todo esto último que escribo tenga que ver con eso: con volver a pensar la naturaleza como una experiencia compleja pero profundamente formativa (Ingold, 2011).

Finalmente, este diario se fue construyendo de momentos breves, en charlas esporádicas, en conversaciones que aparecían mientras el proceso avanzaba: en pasillos, en otras materias. De una u otra forma, todos y todas han sido parte. Para mí, al menos, este proceso ha sido cálido. Y en estos tiempos difíciles, la pregunta no es qué más podemos saber, sino a quiénes estamos dispuestos a escuchar. Porque no siempre son las voces especializadas en ciertos temas o las más visibles, las que sostienen lo común, sino aquellas que han estado cerca acompañando el proceso. Escuchar y cuidar, hoy, y reconocer que somos naturaleza en diálogo, unos con otros.

Conclusión

A lo largo de este proceso, la huerta universitaria terminó revelando algo que no anticipamos del todo: que un espacio tan pequeño puede mover percepciones profundas. La pregunta inicial sobre si conocían o no el huerto derivó en conversaciones que tocaron memorias, cansancios, entusiasmos y modos de entender la naturaleza que rara vez se expresan en voz alta. Lo ambiental dejó de ser un “fondo verde” y se volvió experiencia: calor, tierra áspera, esfuerzo compartido, paciencia para esperar, y también sorpresa ante lo que brota. Ese tránsito fue evidente tanto en el grupo del PAM como en los estudiantes que se turnaron cada día para sostener el huerto, sin esperar nada a cambio más que verlo seguir vivo.

En lo práctico, la experiencia mostró que el esfuerzo común no es un eslogan, sino algo que se aprende haciendo: alguien riega, otra persona arregla una compostera, otro pone atención a una planta que parece decaer. Y en ese movimiento aparecen pequeñas decisiones políticas, silenciosas pero firmes, sobre cómo queremos habitar la ciudad y nuestras relaciones. También vimos que el huerto rompe fronteras entre carreras y generaciones, permitiendo que saberes muy distintos se encuentren sin jerarquías. Aunque el estudio es limitado en tiempo y alcance, deja claro que cultivar en comunidad abre preguntas que vale la pena seguir explorando: cómo cambia nuestra manera de ver la naturaleza cuando la tocamos, qué tipo de vínculos nacen ahí, y de qué forma estos espacios pueden sostenerse y multiplicarse en una ciudad que pierde cada vez más suelo vivo.

Agradecimientos

A todas las personas que, como hormiguitas, son parte central de la huerta de la UCB.

Referencias bibliográficas

- Adorno, T.W. (2005). *Dialéctica negativa*. Taurus.
- Altieri, M. A., & Toledo, V. M. (2011). The agroecological revolution in Latin America: Rescuing nature, ensuring food sovereignty and empowering peasants. *Journal of Peasant Studies*, 38(3), 587–612. <https://doi.org/10.1080/03066150.2011.582947>
- Ascarrunz Mendivil, C. S., Torrico Valdivia, D., Baldelomar Tapia, L. O., Blanco Peñalba, P. M., Bottani Claros, G., Calisaya Hinojosa, V. H., Leyns, C., & Rodríguez Herbas, P. (2024). *Memoria diagnóstica integral y plan de salud con enfoque cardiometaabólico de las personas de barrios y comunidades en Sacaba, 2023–2024*. Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Salud (INCISO), Universidad Mayor de San Simón (UMSS).
- Barbero, J. (1993). *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía*. Gustavo Gili.
- Comte, A. (1830–1842). *Curso de filosofía positiva* (Vols. 1–6). Bachelier.
- Cristóbal Pintado, M. (2019). Chiapas: Semilleros para el cambio. En H. Morales (Ed.), *Huertos educativos para la vida* (pp. 21–25). Red de Huertos Educativos y Comunitarios.
- Cronon, W. (1995). The trouble with wilderness; or, getting back to the wrong nature. In W. Cronon (Ed.), *Uncommon ground: Rethinking the human place in nature* (pp. 69–90). W. W. Norton.
- Edgerton, R. B. (1992). *Sick societies: Challenging the myth of primitive harmony*. Free Press / Simon & Schuster.
- Epícuro. (2002). *Carta a Meneceo y máximas capitales* (C. García Yebra, Trad.). Gredos.

- Escobar, A. (2015). *Sentipensar con la tierra: Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Ediciones UNAULA.
- FAO. (2019). *The state of food and agriculture 2019: Moving forward on food loss and waste reduction*. Food and Agriculture Organization of the United Nations.
- Fontalvo-Buelvas, J. C. (2025). *Comunidades de aprendizaje para las agroecologías: Experiencias desde colectividades, escuelas campesinas, redes, asociaciones civiles e instituciones educativas*. Comunicación Científica. <https://doi.org/10.52501/cc.354>
- Fontalvo-Buelvas, J. C., de la Cruz-Elizondo, Y., & Castro-Martínez, O. R. (Coords.). (2024). *Huertos en Instituciones de Educación Superior: Relatos y experiencias desde México*. Comunicación Científica. <https://doi.org/10.52501/cc.191>
- Gliessman, S. R. (2022). *Agroecology: A transdisciplinary, participatory and action-oriented approach*. CRC Press / Taylor & Francis.
- Grey, S., & Patel, R. (2015). Food sovereignty as decolonization: Some contributions from Indigenous movements to food system and development politics. *Agriculture and Human Values*, 32(3), 431–444. <https://doi.org/10.1007/s10460-014-9548-9>
- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Taurus.
- Hammersley, M., & Atkinson, P. (2019). *Ethnography: Principles in practice*. Routledge.
- Horkheimer, M. (2003). *Teoría tradicional y teoría crítica*. Paidós.
- Ingold, T. (2011). *Being alive: Essays on movement, knowledge and description*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203818336>
- Instituto Nacional de Estadística. (2024). *Censo Nacional de Población y Vivienda 2024: Resultados preliminares*. INE. <https://www.ine.gob.bo>
- Instituto Nacional de Estadística. (2024). *Proyecciones de población por municipio y área urbana y rural*. INE. <https://www.ine.gob.bo>
- Kvale, S., y Brinkmann, S. (2015). *InterViews: Learning the craft of qualitative research interviewing* (3rd ed.). SAGE Publications. ISBN 9781452275727.
- Ledo Espinoza, P. J. (2021). Peri-urbanization in Sacaba, Bolivia: Challenges to urban planning in hybrid rural–urban territories. *Regional Studies, Regional Science*, 8(1), 1–15. <https://doi.org/10.1080/13563475.2020.1839389>
- Merriam, S. B., & Tisdell, E. J. (2016). *Qualitative research: A guide to design and implementation* (4th ed.). Jossey-Bass.
- Montenegro de Wit, M. (2019). Agroecology's scientific promise: Civil society and the politicization of science. *Journal of Rural Studies*, 68, 176–185. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2019.01.025>
- Morales, H., García, M. E., & Bermúdez, G. (coords.). (2019). *Huertos educativos: Relatos desde el movimiento latinoamericano*. El Colegio de la Frontera Sur. <https://redhuertos.org/Labvida/wp-content/uploads/2019/12/Morales-et-al-19-Libro-Huertos-educativos-baja.pdf>
- Murra, J. V. (2002). *El mundo andino: Población, medio ambiente y economía*. Instituto de Estudios Peruanos.
- ONU-Hábitat. (2022). *World cities report 2022: Envisaging the future of cities*. Naciones Unidas. https://unhabitat.org/sites/default/files/2022/06/wcr_2022.pdf
- Organización de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos. (2020). *World Cities Report 2020: The value of sustainable urbanization*. UN-Habitat. <https://unhabitat.org/world-cities-report-2020>
- Parra Nieto, G., & Gómez-Gonçalves, A. (coords.). (2021). *El huerto educativo: Recurso didáctico para trabajar los objetivos de desarrollo sostenible desde una perspectiva multidisciplinar*. Ediciones Universidad de Salamanca. <https://doi.org/10.14201/OAQ0301>
- Pérez, R. (2000). Áreas verdes urbanas y calidad de vida en ciudades latinoamericanas. *Revista de Urbanismo*, (3), 1–15. <https://revistaurbanismo.uchile.cl/index.php/RU/article/view/47076>
- Pink, S. (2015). *Doing sensory ethnography* (2nd ed.). SAGE Publications.

- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tinta Limón.
- Rojas, J., Gruberg, H., & Lazarte, B. (2025). Producto 1: Diagnóstico nutricional basado en mediciones antropométricas y evaluación del estado nutricional de los estudiantes de las unidades educativas “Miriam Magda Terceros” (área urbana) y “2 de Agosto” (área rural) [Informe de consultoría]. Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, Cochabamba.
- RUAF Foundation. (2018). *Urban agriculture as a climate change adaptation and disaster risk reduction strategy*. RUAF & UNDP. <https://ruaf.org/document/urban-agriculture-as-a-climate-change-adaptation-and-disaster-risk-reduction-strategy/>
- Taylor, J. R., & Lovell, S. T. (2022). Urban agriculture as environmental education and community building: Insights from participatory research. *Urban Forestry & Urban Greening*, 68, 127540. <https://doi.org/10.1016/j.ufug.2022.127540>
- United Nations. (2025). *World urbanization prospects: The 2025 revision*. Department of Economic and Social Affairs, Population Division.
- Wheeler, W. M. (1910). *Ants: Their structure, development and behavior*. Columbia University Press.
- Zuazagoitia, D., Eugenio-Gozalbo, M., Ruiz-González, A., & Torralba-Burrial, A. (2024). *Huertos universitarios para la transformación ecosocial*. Universidad del País Vasco.